

FLAMENCO

DIEGO

El domingo fue enterrado en Morón Diego Flores Amaya, conocido en el mundo del flamenco como Diego del Gastor. Su figura venerable, su perfil de estatua romana, su bondad sin par ya no están con nosotros, que hemos perdido un buen amigo y un maestro de la guitarra.

Había nacido Diego en Arriate (Málaga), por casualidad, cuando sus padres pasaban por este pueblo camino de Ronda, donde días después fue bautizado. Era el 15 de marzo de 1908. Vivió primero en Ronda y luego en El Gastor, de donde pasó a Morón en 1923. Ya no se movió nunca de este pueblo, al que consideraba su tierra natal, si no de hecho, al menos de elección. Nunca, o casi nunca, salió Diego de su tierra para una estancia prolongada; no le gustaba alejarse de su ambiente, de sus amigos y de las calles que conocía; le desagradaban las multitudes, los aplausos, los festivales, los discos y, en definitiva, todo aquello que le hiciera pensar que estaba vendiendo su arte. «La guitarra es algo demasiado sublime para que se pueda comprar o vender», solía decir cuando se le preguntaba que por qué no daba recitales, grababa algún disco o participaba en algún festival. Sólo la amistad pudo más que su empecinamiento, y gracias a ella tenemos de Diego un disco pequeño (soleares y siguiriyas), y le pudimos escuchar en algunos sitios.

Diego del Gastor decía que sus maestros fueron su hermano José y Pepe Naranjo. Por sus venas corría sangre de buenos artistas: era sobrino nieto de Anica la de Ronda, y su madre cantaba por derecho con tanto arte que en Morón han quedado como suyas las «Soleares de Barbarita». De su estirpe son Fernandillo de Morón, Joselero, Andorrano y Paco y Juan del Gastor, sus sobrinos y herederos artísticos.

Como guitarrista, Diego del Gastor estaba reconocido como uno de los más destacados del momento, y desde luego como el iniciador y gran maestro del estilo de Morón, creado y engrandecido por él mismo.

En señal de duelo, el Ayuntamiento suspendió el XI Gazpacho Andaluz que debía celebrarse el sábado en homenaje a Fernanda y Bernarda de Utrera, y en el curso del cual se iba a imponer a Diego el «Gallo de Oro». Es todo un símbolo que este hombre se haya ido a la tumba sin haber podido recoger ninguno de los galardones que últimamente se le habían concedido: el Premio Nacional de Flamenco y este «Gallo de Oro» con el que Morón agradecía su labor en el pueblo. Descanse en paz.

VII Fiesta de la Bulería de Jerez

UN FESTIVAL DE CANTE EN EL QUE DESTACARON LOS BAILAORES

VII Fiesta de la Bulería, dentro de los XI Festivales de Arte Flamenco de Jerez. Ofrecida en memoria de Manolo Caracol por Antonio Murciano, subdirector de la Cátedra de Flamencología, que organizaba el acto, bajo el patrocinio del Ayuntamiento, Criadores y Exportadores de Vinos de Jerez y Pedro Domecq, S. A. Actuaron Chocolate, Rafael Romero, Manuel Agujeta, Pansequito, Romerito de Jerez, Chano Lobato, El Guapo, El Nano, Faíco, Ana Parrilla, Diego de Margara, Luisa la Torrán, Tomás Torre, Los Jerezanos, Parrilla de Jerez y Pedro Carrasco «Niño Jero». Local: Terraza Tempul. Lleno casi total. Noche calurosa. Buena organización.

Con ser magnífico el «cartel» de cantaores de la Fiesta de la Bulería, yo destacaría de la noche jerezana del sábado la actuación de los bailaores, porque nunca he visto hasta ahora tantos y tan buenos reunidos en una sola sesión. El de mayor éxito fue sin duda el veterano Faíco, que quizás por agradecer a Jerez el Premio Nacional de Baile que le ha concedido este año la Cátedra de Flamencología, se superó a sí mismo y ofreció un espectáculo de calidad insuperable. Ni la edad, ni los años pasados en Madrid, ni un cierto amaneramiento en el gesto han hecho perder a Faíco su calidad de gran bailaor, con perfecto dominio de los bailes, con fuerza y, sobre todo, con arte, que le han permitido fundir a la pureza con la técnica y aprovechar lo mejor que hay en él de bailarín y de bailaor.

Diego de la Margara, ese niño que es un viejo bailando por la sabiduría que hay en sus brazos y piernas, volvió a demostrar que es uno de los mejores bailaores del momento. Aunque tenga doce o trece años, no se puede hablar de promesa en un chico que ya baila como muchos profesionales en la cima de su carrera y que no presenta síntomas de estropearse, sino de mejorar un poco más cada día que pasa. Hacía lo menos un año que no lo veía bailar y he notado en él un cambio favorable, pues ya baila con madurez, como un hombre, en vez de como un niño.

De Luisa la Torrán y de Tomás Torre poco tengo que decir, salvo que son dos artistas con la espontaneidad, la pureza y la frescura que sólo Jerez puede imprimir a su gente.

La revelación de la noche fue Ana Parrilla, sobrina del Tío Parrilla y hermana del gran guitarrista Manolo Parrilla. Guapísima, descubrimiento de la Cátedra de Flamencología, profesional desde hace varios años, pero que siempre ha actuado en el extranjero, casi se puede decir que se presentó el sábado al público de Jerez. Estaba nerviosa y no muy a gusto en un escenario lleno de cables y micrófonos y con el suelo en mal estado, pero con todo bailó bien. No comparto el entusiasmo de otros críticos presentes, que estiman que ya está «hecha» y que es un fenómeno, pero desde luego creo que vale la pena no perderla de vista, ya que en un par de años, si sigue aprendiendo, bien pudiera llegar a ser esa joven figura que el baile está esperando. Tiene figura, cualidades y arte suficientes para ello.

De los cantaores, no hay duda que el más interesante fue Rafael Romero, que, indudablemente, está en la cima de su arte. Rafael es un cantaor que actúa para sí mismo, sin la menor concesión facilona para ganarse al público, de manera que éste o lo acepta y lo comprende o se aburre y lo rechaza. El año pasado, en La Puebla de Cazalla, recuerdo que el público no lo entendió y se limitó a aplaudirle fríamente; en Jerez, este año, ha pasado todo lo contrario, y Rafael Romero se ha ganado a los asistentes a la Fiesta de la Bulería. Cantó espléndidamente y puso al público en pie.

El segundo cantaor de la noche (si establecemos una jerarquía relacionada con la calidad y el triunfo) fue sin duda Romerito, que en el curso de la fiesta recibió la Copa Jerez como artista local más destacado. Yo conozco a Romerito desde hace años y sé que su gran timidez le impide poder cantar solo, porque se pone muy nervioso. La emoción de verse aplaudido por sus paisanos seguramente le ayudó a dominar los nervios, porque se sentó, se aclaró la voz y «formó el taco». Su dominio de los cantes y del compás, su pureza de interpretación y su arte le sitúan sin duda entre los buenos cantaores del momento.

Pansequito fue el tercero en esa imaginaria lista, o quizás el segundo, compartiendo el puesto con Romerito. Contra viento y marea, este muchacho se va afirmando poco a poco como uno de los más destacados artistas del momento y, desde luego, como uno de los pocos jóvenes que han sabido traer al mundo flamenco un sello y un estilo personalísimos. Ni que decir tiene que se metió al público en el bolsillo con sólo templarse la voz.

Chocolate, Agujeta, Chano Lobato, El Guapo y El Nano completaron la nómina de cantaores, con desigual calidad y éxito de público. En la guitarra destacó, naturalmente, Manolo Parrilla, uno de los mejores guitarristas jóvenes que tiene el flamenco.

Comentario aparte merece el grupo Los Jerezanos, antiguos Romeros de San Mateo, otro descubrimiento de la Cátedra. Son seis jóvenes payos que cantan bastante bien por bulerías y cuyo principal mérito es «sonar» inequívocamente a Jerez.

En definitiva, la VII Fiesta de la Bulería fue un interesante festival, en el que predominó la calidad y el arte, que ya es decir bastante.

Juan Luis MANFREDI